

Kaddish por un futbolista fallido

JUANDE PÉREZ MERCADO

Felipe Gumucio iba a convertirse en el primer miembro de la familia que iba a cursar una carrera universitaria. Sus padres, Emilio y Francisca, a finales de los sesenta, emigraron desde un pequeño pueblo jienense hasta Castelldefels en busca de su particular sueño americano. Emilio se empleó en Rocalla, una empresa fabricante de amianto, mientras que Francisca se dedicó a sus labores de ama de casa. Tuvieron tres hijos llamados Fernando, Araceli y Felipe. Cuando era niño, Felipe quería ser el émulo de Jordi Lardín, un veloz extremo izquierda del Español de mediados de los noventa. Hizo las pruebas para entrar en el club perico pero no lo logró y tuvo que conformarse con el humilde Gavá. Con diecisiete años, entrenando con el primer equipo, sufrió una de las lesiones más graves para un futbolista: rotura de la triada. A Felipe se le vino el mundo encima porque sabía que su sueño de ser futbolista podía esfumarse y, en efecto, arrojó la toalla tras un año de infructuosa rehabilitación. Para huir de un presumible futuro de currela, se volcó en los estudios para conseguir una nota que le permitiese cursar una carrera universitaria con

buenas perspectivas laborales. Así fue. Sus largas horas hincando codos tuvieron recompensa. Felipe iba a comenzar ADE a pesar de una mejor predisposición hacia las carreras de corte humanístico. No obstante, a sus diecinueve años, Felipe ya sabía que de una colisión entre utopía y pragmatismo siempre sale ganador el segundo. La huella genética de una familia históricamente enfrentada a duras condiciones de vida influyó en su decisión.

Felipe comenzó su andadura universitaria con un entusiasmo encomiable. Su insaciable curiosidad era un motor diésel que no conocía la palabra descanso. El ansía por saber y vivir nuevas experiencias no albergaba ningún ánimo competitivo sino que, por contra, era para él algo tan natural como el aire que se respira. En cierta medida, el espejo en el que se miraba era ese Dean Moriarty de *En el camino* de Kerouac, uno de sus libros de cabecera, fiel paradigma del hombre de acción. De esta guisa, empezó a asimilar saberes de política económica, de matemática financiera, de organización de la empresa y de contabilidad como si le fuese la vida en ello y, a la vez, confraternizó todo lo que pudo con sus compañeros de pupitre porque era consciente de que solo se tienen veinte años una vez en la vida. Evitaría a toda costa convertirse en un viejo amargado como su padre, fosilizado en el sofá debido a una asbestosis.

En su primer año de carrera, Felipe logró aprobar once de las doce asignaturas en que se había matriculado. Semejante éxito le permitió renovar la beca de estudios y poder costearse los gastos de transporte y de material académico. Para su familia, un manual de economía como el de Samuelson, que costaba setenta euros, era un gasto inasumible. Aunque su rendimiento académico era excelente, Felipe

no halló una comunidad de amigos tan proclive al altruista intercambio de opiniones, vivencias y amoríos como pudo encontrar su adorado Kerouac mientras estudió en la universidad de Columbia. En plena edad de oro del neoliberalismo, la mediocridad era un temible Zyklon B que contaminaba las aulas universitarias y, así, Felipe pudo comprobar como su éxito académico atrajo las envidias de unos compañeros de universidad esclavizados por la dictadura de las notas. Observaba con estupor como chicos y chicas que fuera de las aulas eran jóvenes simpáticos de charla amistosa se transformaban en pequeños buitres que mendigaban subir nota en las revisiones de examen. No soportaba ver como esos alumnos querían ganar en los despachos lo que en buena lid no habían conseguido con el esfuerzo personal. Sin embargo, se topó con una excepción a la mediocridad general. Esa excepción se llamaba Ángela y era, con mucha diferencia, la chica más sexy e interesante de la clase. Ángela era una chica esbelta, de porte aristocrático y ademanes delicados que siempre lucía una sonrisa en una boca de dientes perfectamente alineados. Exhalaba la fragancia de una chica con clase y de buena familia pero su trato sencillo y cordial encandilaba a un Felipe cansado de lidiar con compañeros de talante egoísta y competitivo. Era la compañera ideal para estudiar cualquier asignatura, intercambiar apuntes o mantener una conversación en la cafetería. Asimismo, era también una alumna brillante, con una personalidad apabullante y que odiaba militar en la liga de los envidiosos. Para ella (y para Felipe), la universidad significaba un pase restringido a una ágora donde se terminaba de pulir el intelecto y donde, si se abrían bien los sentidos, se aprendían lecciones impagables para la vida futura.

En España, se dice que el roce hace el cariño. Felipe y Ángela comenzaron a estrechar lazos a medida que el curso transcurría. Las iniciales charlas de cafetería se convirtieron en norma de obligado cumplimiento con el paso del tiempo. El préstamo de libros académicos y literarios fue la moneda común que vehiculaba una recíproca atracción intelectual. Las fiestas universitarias sirvieron para que dos chicos refractarios al exhibicionismo pudieran desinhibirse en un momento en que Internet y las redes sociales comenzaban a hacer acto de presencia en el estilo de vida occidental. La seducción intelectual derivó en una atracción física que, al igual que el viento con el fuego, el tiempo se encargó de avivar. Una discreta tensión sexual, del estilo de la sentida entre Bruce Willis y Cybill Shepherd en *Luz de luna*, empujó a Felipe a darle un beso en la mejilla a Ángela un día en que sus cabezas estaban demasiado próximas buscando el concepto de “coste de oportunidad” en un manual de economía política. Felipe, tras el beso, le dijo a Ángela: “El coste de oportunidad de no darte un beso es convivir con un deseo que me concome las entrañas”. Ángela, tras esas palabras, bajó con rubor la mirada dejando entrever una sonrisa de complacencia.

En el segundo año de carrera, cuando Felipe volvía a cosechar éxitos académicos, un fatal suceso enturbió su tranquilidad. Su padre murió por la asbestosis contraída durante los treinta años de trabajo en Rocalla. La noticia, no por esperada, supuso un mazazo. Aunque la relación con su padre no fue idílica en sus últimos años, no dejaba de querer a su padre. Podía llegar a entender que su vida diera un vuelco a peor desde que le diagnosticaron la asbestosis, pero eso no podía ser motivo suficiente para

hacerles la vida imposible. Felipe tenía bastante claro que irradiar infelicidad sobre los seres más cercanos era una tara moral que no admitía perdón. A la desubicación existencial sobrevenida, se le sumaba el tiempo que Felipe invirtió en preparar la batalla legal contra Uralita, la empresa que compró Rocalla, con el fin de pedir una justa indemnización para su madre ahora que su padre ya no existía. Sus hermanos Francisco y Araceli ya no vivían en casa y, como tenían sus propias familias, no disponían de demasiado tiempo para ocuparse del contencioso. La relación ambivalente con su padre le hacía tener sentimientos encontrados que se disolvían cuando pensaba en la penosa existencia de su madre. La famosa cita de Keynes sobre la introducción de estímulos en los momentos de crisis económica era, metafóricamente, aplicable a mi madre. Se merecía esa maldita indemnización para llevar una vida digna.

Pasaron los años a una velocidad de vértigo. Felipe y Ángela consolidaron su amor y ambos se licenciaron en ADE de forma brillante. Con veinticuatro años, se enfrentaban a un mercado laboral que demandaba profesionales que ostentaran licenciaturas económicas en pleno auge de ciclo. Felipe era un Marlon Brando de noble ambición y Ángela era una Joanne Woodward de mente clara y buenas dotes para la organización. No les fue demasiado difícil encontrar buenos trabajos y sus empleadores pueden disfrutar de profesionales motivados, empáticos y de rendimiento asegurado. Sin embargo, Felipe, cuando echa la mirada atrás, se fustiga por vivir una vida diferente a la que se imaginaba cuando entrenaba en los campos de arena del Gavá. Él tan solo anhelaba convertirse en un profesional del fútbol. Tener un buena posición socioeconómica

y una familia que disfruta de salud y no pasa apuros económicos (su madre, finalmente, le ganó el juicio a Uralita) está bien, pero a Felipe le falta esa alegría que solo se alcanza cuando se hace algo por el mero hecho de disfrutar. Aunque Ángela es su ángel de la guarda y se siente reconfortado, no se puede considerar el hombre más afortunado de la Tierra. El tránsito hacia la vida adulta había comenzado y ya nada volvería a ser igual, cuando los sueños adolescentes de Felipe auguraban un mundo de conquistas personales sin parangón. Otro fallido Alejandro Magno de extrarradio.